# Paraíso Inventado

**Paraíso Inventado**
José Isla

**Editado por:**
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418031458

Maquetación, diseño y producción
© 2019 José Isla
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Paraíso Inventado

José Isla

*A mis padres y abuelo, los Virgilios de mi comedia.*

# Capítulo I

Londres, 20 de febrero de 1902.

Siempre he sido una de esas personas que cree en el poder de la palabra, sobre todo, en el poder de la palabra transcrita. Si una historia vale la pena ser contada, esta siempre encontrará el modo de terminar siendo escrita.

Me llamo Charles Collins, trabajo como periodista para el *Worldnews* desde hace ya varios años y la historia que os voy a contar, cambió para siempre mi vida y la de aquellos que amamos África.

Para entender mejor esta historia, mi historia, debo hablaros de mi pasado y cómo he llegado a esta situación.

La primera vez que vi a mi jefe, lord MacNamara, yo debía tener unos nueve o diez años. Él había venido con su mujer Mary a nuestra casa familiar de verano a pasar unos días. Era un gran amigo de mi padre; ambos habían estudiado juntos en Oxford, universidad que les inculcó hasta extremos insospechados el sentimiento de querer siempre servir a su país. País al que consideraban una Roma moderna, en el cual las ciencias, letras y filosofía habían llegado a construir un nuevo punto álgido dentro de la cultura occidental.

En lo referente a los placeres mundanos, su amor, al contrario, no conocía fronteras, a ambos les gustaba el tabaco egipcio, las mujeres raciales, y los salones de opio chinos.

Después de la muerte de mi padre en la guerra de Afganistán, al ser menor de edad y sin familiares cercanos, hubiese estado condenado a ser enviado a algún orfanato de mala muerte si no hubiese sido por lord McNamara.

Él me adoptó y me crio como a un hijo. Su esposa Mary y él no habían podido tener descendencia, pero el destino tenía otros planes. Había hecho falta la muerte de mis progenitores para que un hombre que ansiaba ser padre lo fuera, y para que un niño que ansiaba ser querido lo pudiera ser.

Desde la fatídica muerte de mi padre, lord McNamara pasó a convertirse en Michael, él nunca quiso que le llamase papá por respeto a mi difunto padre. Michael se encargó de mi educación tanto dentro como fuera de las aulas. Largas y extensas fueron las conversaciones sobre el rol del Imperio británico en el mundo, el rol de la mujer en la vida de un hombre y la importancia de mantener siempre la ilusión de vivir, de vivir siempre con una sonrisa.

A menudo solíamos hablar de mi difunto padre y de su pasión por la botánica. Michael no quería que me olvidase de su amigo; él había sido uno de los pocos expertos en flores, especializado en aquellas que crecían en territorio australiano. A mí nunca me gustó hablar de mis difuntos padres, mi madre estaba siempre enferma, metida en cama, hasta que un día no se despertó más. Mi padre recolectaba flores por todo el mundo, siempre ausente, tengo que confesar que antes de ser adoptado por Michael y Mary mis días no fueron muy felices, pero en cuanto llegué a casa de los McNamara todo cambió, ellos quisieron que me integrase lo más rápidamente posible en mi nuevo colegio y que me olvidase de la tragedia que era el haber perdido a mis padres, así que me introdujeron en la práctica de todo tipo de actividades

como ajedrez, esgrima por supuesto, e incluso rugby. Este último deporte se me daba bastante bien debido a mi físico, antes de cumplir los dieciocho años ya medía cerca de los seis pies dos pulgadas y debía pesar cerca de 190 libras. Los compañeros me llamaban oso cariñosamente, ya que el pelo se me había oscurecido durante la adolescencia, pero mis ojos guardaron siempre el mismo color verdoso. Mi altura para aquella época no era nada normal, me gustaba mucho jugar fuera y disfrutar del buen tiempo, mi piel era demasiado clara para soportar la intensidad del sol del verano, de hecho, recuerdo que en una época de estío, pude contar las más de cincuenta nuevas pecas que me salieron en los brazos debido a mi constante manía de correr sin camisa.

Desde que llegué a casa de Michael y Mary puedo decir que tuve una de las mejores infancias que un joven londinense puede tener; una vez cumplidos los dieciocho años fui aceptado en la Universidad de Oxford, siguiendo los pasos de mis dos padres y fue en esa torre de marfil donde pude especializarme en filología inglesa.

Durante esos maravillosos años tuve la suerte de conocer a varios buenos amigos, también pude seguir practicando rugby; fue, de hecho, al terminar uno de los partidos, en el *picnic* posterior, cuando conocí a mi mejor amiga: Lucy Wilkinson. Ella es la mujer más inteligente que haya conocido jamás, y además es una muchacha comprometida con la causa de nuestro imperio. Lucy fue una de las primeras mujeres en asistir al colegio femenino Lady Margaret Hall, uno de los primeros establecimientos que fomentaban la integración de las mujeres en las aulas universitarias.

A su capacidad intelectual debo añadir que es una de las personas más seductoras que conozco, ningún hombre se resistía a su melena dorada y sus ojos azules. Su mirada era la envidia de toda joven inglesa, pero su inteligencia y el decir siempre lo que pensaba, provocaba como resultado que su pobre padre, muy a su pesar, no recibiera muchos pretendientes. Ella era una visionaria para su

tiempo, una luchadora feminista, aunque ella decía de sí misma que era más femenina que feminista.

Los años pasaron volando y al completar mi educación, Michael me ofreció un trabajo en su periódico *Worldnews*. Así, sin más, empecé a trabajar hace ya siete años. Comencé ocupándome de cubrir las fiestas de la alta sociedad londinense, fiestas en las que tenía siempre vía libre al ser quién era; poco a poco, Michael me fue dando más y más responsabilidades, me convertí en el encargado de la columna que indicaba y relataba los espectáculos que nadie se debía perder. Cuando ya tuve más experiencia escribiendo, Michael me dejó escribir noticias de más calado y ahí estaba yo, explicando y defendiendo nuestro imperio y los deberes que todo buen patriota debe hacer por él.

Habían transcurrido mis primeros cuatro años trabajando en el *Worldnews* cuando un buen día, Michael me llamó a su despacho. En ese momento, recibí una inesperada noticia que iba a cambiar el rumbo de mi vida para siempre: aquel 18 de abril nunca lo olvidaré.

# Capítulo II

Londres, 18 de abril 1899

Michael, como propietario, hombre de buena educación y de buenas costumbres, nunca se iba a casa hasta haberse cerciorado de que todo estaba en perfectas condiciones para la impresión del periódico esa misma noche.

Todos los oficios tienen sus rutinas, y en el nuestro los viernes eran normalmente los días con mayor trabajo, ya que se imprimía la edición del sábado y del domingo.

Eran casi las 22h cuando desde su despacho, Michael me hizo una señal con el brazo para que me acercase; cuando caminaba, ya pude observar que estaba acompañado por el jefe de fotografía del periódico.

En presencia de otros compañeros del periódico, a Michael siempre le llamaba lord McNamara; aun siendo su hijo adoptivo, en el trabajo él era, ante todo, mi jefe. Llamarnos por nuestros apellidos era una manera sencilla y protocolaria de guardar la relación bajo un enfoque más profesional.

Toc, toc.

—¿Desea verme, lord McNamara?

—Pase, por favor, Mr. Collins. Esta fotografía no me gusta Mr. Aberdeen, cámbiela por esta otra, creo que tiene mejor iluminación. Eso es todo, Mr. Aberdeen, muchas gracias.

Mr. Aberdeen le respondió que lo haría al instante, me saludó mientras salía del despacho y cerró la puerta de manera firme, pero no brusca.

—Charlie, me gustaría hablar contigo. Siéntate, por favor.

—Por supuesto, Michael, aquí estoy para lo que haga falta.

—Ah, mi querido Charlie, Mary y yo estamos tan orgullosos del hombre en el que te estás convirtiendo.

—Siempre querré e intentaré que os sintáis orgullosos.

—Por favor, Charlie, ya sabes que para Mary y para mí ha sido una bendición tenerte en nuestras vidas. Es por eso por lo que hemos estado hablando, y queremos proponerte algo. Deseamos que tomes las riendas del *Worldnews*.

Me quedé mudo, sin palabras, con miedo a decepcionarles por la dificultad de la tarea que me estaban proponiendo. Empecé a sudar como si estuviera jugando un partido de rugby en la universidad.

—¡Vaya!, no sé qué decir, Michael —le respondí, mientras le miraba a los ojos y llenaba de aire mis pulmones.

Me sonrió inclinando la cabeza:

—Di que sí. Mary y yo estaríamos encantados.

Miré por la ventana del despacho desde la que se podía ver la tranquilidad del Támesis esa noche. Me giré y le respondí:

—Acepto, Michael, será un honor continuar con tu legado.

Ambos nos levantamos y sonriendo nos abrazamos como padre e hijo. Michael me pasó su mano por la mejilla como muestra de cariño durante un breve instante. Después, se giró

y mientras volvía detrás de la mesa de su despacho para sentarse, susurró:

—Hay solo una pequeña condición.

—¿Una condición, Michael? No estoy entendiendo.

—Verás, Charlie, faltan ya unos pocos años para dejar este siglo atrás. Y con eso me refiero a dejar cierta manera de ver las cosas.

—Ahora sí que no entiendo nada, Michael, ¿de qué me estás hablando?

—Queremos que *Worldnews* sea el faro de la información del nuevo siglo, queremos que desde nuestras páginas se produzca un cambio de mentalidad en la sociedad inglesa.

—Te puedo asegurar que trabajaré sin descanso para que este periódico sea ese faro de información.

—Te creo, Charlie, el problema no eres tú, sino tu entorno y en lo que este te ha convertido. ¿Cómo vas a poder ser el faro del nuevo siglo si sigues anclado en el anterior? Por eso, la condición que te ponemos es la siguiente: Deberás marcharte al Protectorado de África del Este y quedarte allí por un mínimo de tres años, debes salir de tu zona de confort. Tú crees que Londres es la luz de la civilización de Occidente hoy en día, pero nosotros no queremos que te quedes ciego mirándola.

—No lo entiendo, esto parece más un castigo que un premio. Ambos sabemos que Londres y nuestro Imperio es lo mejor que el mundo ha visto desde Roma. Me parece una pérdida de tiempo, Michael, ¿qué voy a hacer yo en medio del continente africano?

—Por eso mismo, porque crees que es una pérdida de tiempo, debes ir.

Ambos nos levantamos, él me acompañó hasta la puerta manteniendo su mano encima de mi hombro. Yo no podía levantar la cabeza, me sentía perdido, no sabía qué hacer y, sobre todo, no entendía qué esperaban Michael y Mary de mí. ¿Qué me ofrecería aquel viaje?

—Piénsatelo, Charlie, danos una respuesta cuando estés listo. Ahora debo seguir trabajando, tú puedes irte a casa. Tienes mucho en lo que pensar.

# Capítulo III

Salí de aquel despacho con una sensación de vacío, como una cometa a la que se le ha dado mucha cuerda y de repente se le corta el viento. Al bajar las escaleras me encontré con un compañero de trabajo, George. Era el fotógrafo y llevaba trabajando en el periódico unos dos años. Como a mí, la vida tampoco le había tratado muy bien en su infancia, se le había visto cazando ratas en las orillas del Támesis con otros jóvenes para poder comer al anochecer. Casualidades del destino hicieron que, en el ejército, el mismo que había contribuido a que mi padre perdiera su vida, George encontrara una oportunidad de sobrevivir. Cuando se alistó en el ejército británico tuvo la oportunidad, no solo de asegurarse tres comidas diarias, sino también la de formarse como soldado mientras recorría los más recónditos lugares de nuestro imperio

George volvió a Londres y se estableció definitivamente en la ciudad después de su periplo castrense; un buen día, evitó que un rufián robase a mi padrastro. Michael quedó eternamente agradecido por su gesto y le invitó a cenar; a esa cena, se sucedieron otras. Esos encuentros hicieron que poco a poco se conocieran y se forjara una relación que los llevó a construir un sentimiento de confianza mutua.

Con el tiempo, Michael supo que George podía entrar en cualquier barrio de mala muerte. Mi padrastro constató las ventajas que esto suponía, así que le dio trabajo de inmediato como fotógrafo para mezclarse entre la gente del bajo mundo y recabar información.

—Charlie, ¿qué te pasa? Te veo con mala cara —me dijo George.

—Nada, George, me han dado una noticia que no me esperaba, eso es todo.

—Uyyy, pues con esa cara mejor será que no te la vea Lucy. Ya sabes lo nerviosa que se pone cuando te ve triste.

Es verdad que Lucy se preocupaba por mí casi casi desde que nos conocimos, yo soy un hombre al que la sociedad definiría como un tipo callado, reservado, pero no tímido, mucha gente confunde y mezcla desgraciadamente estos dos caracteres. Nunca lo fui con Lucy, desde el primer día tuve ganas de conversar con ella, expresarme y escucharla, y no solo por su belleza como hacían los demás. En su presencia, cuando estaba a su lado, sentía paz.

Hace dos meses, Michael me pidió que escribiera acerca de uno de los bailes de verano de los Wilkinson, así que fui a casa de Lucy; los dos nos perdimos en su jardín. Aquella noche, Lucy me preguntó si veía un futuro en el que los dos terminásemos juntos. Yo no sé por qué le dije lo que le solté, debía de estar bastante ebrio y muy afectado para espetarle: que era mejor que siguiésemos siendo amigos para no estropear las cosas.

Algunas veces actúo como un idiota y lo sé, pero aquella noche me llevé el premio al idiota más grande del Imperio. Lucy no volvió a hablar del tema nunca, hizo como si nada hubiese pasado, ahora está comprometida con un payaso de

Cambridge y ya no nos vemos tanto como antes, pero eso, George no lo sabía.

—Vamos a cenar algo, Charlie, y después al Barocco, te hará bien —me dijo George.

Seguimos bajando las escaleras y fue en el *lobby* del edificio del periódico cuando me di cuenta de que seguía mirando hacia el suelo; sentí no tener el valor para hacer frente a tres años lejos de la capital, lejos de todo aquello que quiero, de sus bibliotecas, sus museos, sus exposiciones, sus salones, sus clubes, su música.

Una vez en la puerta del edificio, me fijé en la luz que emitía una de las farolas en la calle y me acordé de una frase que me dijo mi padrastro: «Para tomar decisiones es mejor desocupar la mente de lo mundano». Una noche en el Barocco me ayudaría, sin ninguna duda, a desocupar mi mente. Por lo tanto, giré la cabeza, sonreí mirando a George y me puse el sombrero.

—Acepto la invitación, George, la verdad es que necesito una noche fuera de casa.

Comenzamos a caminar por las calles de la capital llenas de gente, de humedad y de incertidumbre con destino al Barocco.